

Paseo por la infancia

Ln alguna ocasión, si la directora me deja, salgo de esta última página y me doy un paseo por *CLIJ*. He podido, así, leer a algunos grandes autores que, este mes, han sido reunidos en la revista por sus escritos sobre la infancia. Alguien dijo, más o menos, que la infancia es la patria del poeta. Supongo que entendería por patria el lugar sagrado de la memoria, ahí donde se forjan en silencio todos los resortes íntimos de la personalidad. Porque hay también, según vamos viendo cada día, una acepción de patria como escenario de todas las pesadillas y argumento último para el odio. Se pretende recoger en este número la imagen de la infancia en la literatura, o de cómo describen algunos autores ese instante de la vida. No podía ser de otra manera: hay una rica diversidad en ese balance literario. Pero en su conjunto se configura un paisaje común, una fundamental identidad en la mirada del autor que da vida a algunos personajes infantiles. Y es la simultaneidad de sentimientos de la que deriva la pluralidad de *modelos* que la creación literaria propone al lector. No existe esa idealizada edad



de la inocencia, ni la infancia feliz, ni tampoco la desheredada o marginada. Cada autor, con mayor o menor énfasis, descubre una infancia pletórica de contradicciones, plena de sentimientos intensos y opuestos. Así es el descubrimiento de la vida, un itinerario ambivalente en el que siempre hay luz en la oscuridad. Y viceversa. Lo que pa-

rece claro en esta selección de autores es que todo niño o niña —de verdad o de papel— es un permanente observador —y a veces un duro juez— del mundo de los adultos. Mi infancia, la verdad, está tan lejana que no podría precisar que alguna vez la tuve. Pero se podría inventar.

El Enano Saltarín.